

OBREROS

Con excepción de unos pocos lugares de los departamentos de Boyacá y Cundinamarca, donde el arrendatario es un poco explotado por el dueño de la tierra, puede bien decirse que en Colombia el obrero da la ley al capitalista y no el capitalista al obrero.

Entre nosotros no son posibles esos sindicatos (*trusts*) absorbentes que han creado en los Estados Unidos la legión de millonarios a expensas del consumidor.

Allá la ley ha tenido últimamente que venir en apoyo de la muchedumbre, después de que se han improvisado fortunas colosales a la sombra del monopolio de artículos de primera necesidad.

En la América española —y especialmente en Colombia— la ley no tiene que intervenir en esas manipulaciones odiosas, porque la atmósfera política y social felizmente no las deja vivir.

El mal que corroe a estas repúblicas es la incertidumbre del reinado del orden, a causa de que en poco se tienen, por consejo de la demagogia, la subordinación y la disciplina, la sumisión a las reglas. El espíritu subversivo está en la medula de los huesos y circula con la sangre de cada ciudadano, y la inseguridad —incompatible con todo progreso— se ha venido convirtiendo en estado normal.

(*La Última Obra de M. de Leveleye*, 19 de mayo de 1892.)

OCIOSIDAD

No es a combinaciones políticas a lo que debe temerse, sino a la miseria y a la ociosidad que, a la sombra de la primera agitación, tratarán de sacar provecho para sí propias. En esta tierra, donde hay tantos imitadores de lo bueno, también los hay de lo malo. Por eso el jacobinismo francés, que prostituyó la libertad y la ahogó en sangre, ha tenido aquí prosélitos; y el nihilismo comienza también a tenerlos, aunque el absurdo salte a los ojos. Tal vez con un mayor impulso que se dé a las mejoras materiales, ese peligro social se conjure. No vemos otro medio de despejar el horizonte, pues los empleos públicos no son suficiente dividiendo para un divisor más y más numeroso cada día.

(*La Luz*.—Bogotá, 24 de enero de 1882.)

OLIGARCAS

Los oligarcas confiesan al cabo que merecen bien el calificativo con que el certero instinto popular los había bautizado. Los colombianos somos una manada de carneros, que ellos tienen el derecho exclusivo de esquilmar a su antojo. Colombia no es una república, sino apenas un feudo de que ellos son los amos. ¡La gran masa de los ciudadanos no lo son sino en apariencia, porque los oligarcas pretenden rebajarlos a la humilde categoría de siervos de la gleba!

¿Para qué, pues, brillaron en el horizonte de la historia el 6 de agosto, el 11 de noviembre y el 20 de julio, cuyos aniversarios celebra aún el patriotismo con ferviente júbilo?

¿Ricaurte fue, pues, un imbécil?

¿Policarpa una loca?

¿Caldas, y Pombo, y Gutiérrez, y García Toledo, y Castillo, y Ajos, y Amador, y Granados... y tan-

tas centenas de mártires, vertieron su generosa sangre y dejaron en viudez y orfandad a sus familias, para que viniésemos a parar, después de ensayos infructuosos de república, en estúpidos y abyectos maniqués de una docena de ambiciosos vulgares?

¡Oh, gran Bolívar! Aquella elegíaca profecía, que arrancó de tu egregio corazón el espectáculo de la incipiente lucha de los partidos extremos, ¿llegará, en verdad, a realizarse?

Los tiranuelos imperceptibles que tu ojo de águila entreveía en las lejanas regiones del porvenir, ya han aparecido en Colombia; y espíritus pesimistas podrían deducir de ahí que la obra gloriosa de nuestra independencia ha terminado miserablemente en el insondable albañal del sapismo de Cundinamarca.

Los conquistadores españoles dejaron, a lo menos, con el ominoso rastro de sangre, gérmenes de civilización para lo por venir; y no faltaron entre los virreyes hombres de corazón y de genio. En su explotación hubo rasgos de perversidad, sin duda, pero también los hubo de heroísmo.

¿Qué hay en el alma de los oligarcas de hoy, sino ruines y estériles pasiones?

(*El Porvenir*.—Cartagena, 26 de marzo de 1879.)

OPINION PUBLICA

Se ha visto entre nosotros, una vez más, que en política las individualidades no son sino instrumentos, activos unas veces y pasivos otras, de las ideas. En lo que menos pensó Napoleón, cuando invadió a España, fue en proporcionar a nuestros padres la ocasión de emanciparse de la metrópoli. Así sucedió, sin embargo. Cuando hay necesidad de un puente para pasar de una situación a otra, viene una ráfaga de huracán y derriba un tronco que jun-

ta en seguida, por el tiempo necesario, las dos separadas orillas.

El gobernante no es más que un ministro de las tendencias que prevalecen en la época de su gobierno. A la manera del piloto sentado en la popa de su nave, tiene que observar continuamente el curso de las olas y la dirección del viento. Aquellas olas y este viento se parecen mucho a las manifestaciones de la opinión. Las fuerzas políticas son, en su género, fuerzas tan naturales e inflexibles, como el calor y la electricidad, y el éxito de un administrador de los intereses públicos depende de que no eche, ni transitoriamente, en olvido el carácter de esos ineludibles elementos de acción. El hombre privado puede tener preferencias personales y gustos propios. El hombre público no puede tener otras preferencias ni otros gustos que los de la comunidad que le ha dado elevación y poder. Los autócratas mismos no se desentienden por entero de este principio. La comunidad puede ser a su vez injusta; pero es más probable que entre el juicio unánime de muchos y el de uno solo, sea este último el equivocado.

La caída de Luis Felipe en 1848 se debió exclusivamente a su empeño en conservar un ministerio que la mayoría de los franceses veía con desconfianza, aunque a la cabeza de ese ministerio se encontraba un hombre de la talla de M. Guizot. Enrique IV, el gran rey de Francia, era protestante; y tan luego como se persuadió de que la mayor parte de su pueblo no aceptaba sino reyes católicos, se decidió a renunciar sus creencias religiosas privadas, en lo ostensible a lo menos, para hacer posible su reinado.

El gobierno que prescinde de la opinión produce siempre conflictos. Si no la consulta sino a medias, se vuelve por lo menos estéril. Pueden en la

forma los gobiernos ser de conciliación y obra en ese concepto, pero sólo hasta un cierto punto. En cuanto al interés fundamental, ellos tienen que revestir carácter de intransigencia, porque los partidos, que les dan nacimiento y medios de acción, se organizan inexorablemente para fines concretos. En ningún país del mundo se entienden de otra manera las cosas. Pueden allegarse, como aliados, elementos armónicos separados del seno de la parcialidad preponderante; pero no elementos antagonistas, porque éstos vendrían a dificultar el mecanismo político y aun a causar en las esferas administrativas mismas colisión constante, más o menos descubierta y peligrosa. En el parlamento británico, por ejemplo, los liberales se entienden frecuentemente con los católicos irlandeses, pero en ningún caso con los *tories*.

(*La Luz*.—Bogotá, 21 de febrero de 1882.)

OPOSICIONISTAS

Crear nuevos impuestos, restringiendo al propio tiempo la circulación del papel, sería acertada medida, y en ella debe insistirse; pero en esa corriente se encuentran también peligrosos escollos, pues los que quieren reemplazar el gobierno existente aprovechan toda ocasión para quitarle prosélitos al adversario, y nada más apropiado al objeto que vociferar contra el aumento de las cargas tributarias. La *filantropía* tiene allí mucho campo donde espaciarse; la prensa vierte mares de llanto en presencia de la rapacidad proyectada; la enorme masa de cándidos y egoístas aplaude, el gobierno —si no tiene mucha firmeza— ceja, y el déficit continúa siendo, a su vez, hermoso argumento para artículos de oposición. Es un círculo vicioso de donde no se sale

sino con mucho genio político, que no es don de todo el mundo.

(Tomado de *La Reforma Política en Colombia*. Tomo VII. *Averiadadas Finanzas*.)

OPRESORES

Así como la práctica de la justicia ennoblece, la práctica de la iniquidad degrada. Para Dios, que lee en lo íntimo de los corazones, hay siempre más infortunio en el alma de un opresor que en el alma del oprimido; en el alma del magnate, que en el alma de su esclavo. Un gran poeta lo ha dicho: "Cuando un tirano ata un extremo de la cadena al cuello de su víctima, la Providencia ata el otro extremo al cuello del tirano."

(*La Luz*.—Bogotá, 14 de julio de 1882.)

ORDEN

La necesidad de las necesidades, la necesidad suprema, es fundar el orden, salir de la barbarie de la guerra crónica para entrar a deletrear por fin el abecé, por así decirlo, de la civilización.

Para realizar este desiderátum de vida o muerte, sería lastimosa insania seguir creyendo que puede haber otro medio eficaz distinto de la organización y práctica de un gobierno de autoridad, esto es, de un gobierno que pueda ser justo y fecundo por ser independiente de pequeños intereses perniciosos y de facciones que sólo así podrían terminar su ominoso reinado.

(*El Porvenir*.—Cartagena, 20 de septiembre de 1891.)

ORDEN Y JUSTICIA

Sí; el país entero se caracteriza por un ingénito amor al orden, y también por un amor ingénito a lo que es justo. No es la primera vez que hacemos

esta observación, pues ella procede de un largo y atento estudio de nuestra historia contemporánea, y en otras ocasiones hemos debido expresar nuestro concepto sobre nuestros culminantes rasgos psicológicos, como asociación política que somos.

(*El Porvenir*.—Cartagena, 21 de enero de 1883.)

ORIGEN DE LAS REVOLUCIONES

Las tremendas crisis que más de una vez han afligido a los pueblos, han sido tanto más internas y destructoras cuanto más relacionadas han estado con el problema económico. La pavorosa Revolución Francesa de 93 fue principalmente generada por dificultades de orden fiscal que afectaban naturalmente la subsistencia, y el fondo de las agitaciones en Irlanda, que tanto embarazan al gobierno británico, no es otro que la legislación agraria. ¿Qué ha ido a buscar en la India Oriental Inglaterra, sino salida para sus manufacturas, es decir, alimento para el pueblo británico? ¿Por qué simpatizó con los plantadores del Sur, a pesar de su decidida aversión a la esclavitud, sino a causa del algodón, que daba subsistencia a millares de vidas en el Reino Unido? ¿Qué la conduce a proteger el vergonzoso y entecado Imperio Otomano, sino necesidades puramente comerciales? ¿Qué ha ido a hacer, qué está haciendo en Egipto, sino asegurando el camino de sus naves en una más recta dirección hacia el Extremo Oriente?

Fue una cuestión fiscal lo que determinó la insurrección de las colonias norteamericanas, y la de nuestros Comuneros del Socorro no tuvo otra causa inmediata. Motivos semejantes influyeron poderosamente, sin duda, en los acontecimientos de 1810, de una manera cercana, o visible a lo menos, porque el verdadero motor de las evoluciones

sociales no es sino el Supremo Autor de lo creado, que continúa por medio de ellas impulsando su misteriosa obra. La política está, pues, unida indisolublemente al problema económico, y de tal suerte, que éste la domina por completo. Lo que comúnmente se llama *mercantilismo* lo invade todo por eso, y el *struggle for life* de que habla Darwin, se hace perceptible en el movimiento social, en la forma de una vasta y complicada red que todo lo envuelve y subyuga, como si fuera un boa constrictor. El mercantilismo es, por tanto, un factor de que no pueden desentenderse los gobiernos, que son los caracterizados gerentes del interés común, y si tratan de cerrar los ojos, pronto se los abre el socialismo, que tiene ya a su disposición un nuevo invento superior al del padre franciscano de Friburgo.

(*El Porvenir*.—Cartagena, 24 de diciembre de 1882.)